

Margarita Martín Ortiz

CUANDO CAIGA EL TELÓN



COLECCIÓN LA NOVELA DE JEREZ

Libros Canto y Cuento

CUATRO MIL SACOS DE ARENA

—**L**E aseguro que este teatro no se vendrá abajo —exclamó el hombre con enfado—. Ya he consentido en añadir la columna en el centro del patio de butacas, como me indicó el arquitecto, pero hacer otra prueba de fuerza... —extendió los brazos hacia su interlocutor, haciéndole ver lo innecesario de aquella acción que le pedía.

El representante municipal dio media vuelta y se marchó, dejando en el aire la evidencia de que la orden que traía no admitía debate. Corría por la ciudad el rumor de que el teatro se derrumbaría el día de su estreno y las autoridades habían decidido combatir esta creencia popular haciendo todas las pruebas de resistencia que fuesen necesarias.

La primera se había llevado a cabo el lunes 19 de septiembre de 1927 y se hizo en presencia del arquitecto encargado del proyecto, Anasagasti, del arquitecto municipal, Rafael Esteve; del gerente-consejero de la Sociedad Comercial de Hierros, constructora de la cubierta; de arquitectos e ingenieros de la Dirección de Seguridad de la Provincia, el ingeniero electricista, el escultor y decorador y el escenógrafo, entre otros invitados.

En los palcos, galerías, escaleras y anfiteatros se colocaron cuatro mil sacos de arena, con un peso de doscientos cuarenta mil kilos, que venía a ser el triple del peso que habría de soportar aun en el caso de un lleno absoluto de público, como se esperaba para el día de la inauguración.

La prueba fue satisfactoria y todo el personal técnico concluyó que no habría ningún riesgo de derrumbe. Así se hizo público en la prensa local y se repitió en cuantos actos tuvieron como asistentes a representantes municipales. Sin embargo, en los ciudadanos jerezanos había cundido la desconfianza sobre la fortaleza de la construcción y nadie quería que aquellos temores acabasen por

hacer mella en la inauguración, desmereciendo un gran proyecto que se había hecho a la medida de un rey. No en vano hacía algo más de dos años que la ciudad de Jerez había recibido la visita del rey Alfonso XIII, que se mostró interesado en escuchar al gran Fleta. Como quiera que el teatro con el que contaba entonces la ciudad no poseyera palco, al monarca se le habilitó un lugar en el escenario. El bochorno sufrido hizo que el Marqués de Villamarta prometiera la construcción de un gran teatro.

Ahora que todo estaba a punto y la construcción se alzaba imponente, no se podía permitir que fuese el miedo quien hundiera el proyecto.

El contratista se quedó solo, como le gustaba estar desde que la estructura del teatro había sido terminada. Cerró los ojos y se imaginó el público abarrotando el lugar, casi podía oír la Marcha Real el día del estreno, los aplausos. Sabía que nada podría desvanecer aquella ilusión, no solo porque confiaba en su profesionalidad y en la de sus trabajadores, sino porque en los rudimentos de la religión que había aprendido escasamente de niño estaba el respeto reverencial a los lugares sagrados. Bajo los cimientos del teatro, destinado al divertimento, estaban los rezos y sacrificios del Convento de la Veracruz. Nadie en su juicio pensaría que, con semejante forja, el edificio fuese a venirse abajo. Claro está que no podía expresar esta íntima convicción ante los demás. Estaba comprobando que la fe de un hombre no es tal si no es capaz de atravesar la incredulidad de los demás. Sonrió. Acababa de comprender qué prueba de resistencia convencería a los jerezanos.

Entraron lentamente. Unos agachaban la cabeza y otros la vista, temiendo que la gigantesca mole que era la cubierta metálica, pudiese caer sobre ellos. Fueron colocándose en silencio, dispuestos a cumplir con aquel ceremonial de comprobación. Tres días después de la primera prueba, el teatro soportaba, además del peso de la solemnidad de la ocasión, el de todos los jerezanos que habían querido entrar.

Transcurridos unos minutos, se miraron unos a otros satisfechos,

entre sonrisas de nerviosismo y expectación por estar presenciando un acontecimiento único en la ciudad. Por fin, Jerez tenía un gran teatro.

CAPITULO 1

Manuela

SI el mundo hubiese girado como debiera, Manuela habría subsistido el resto de su vida gracias a la caridad ajena, pero quiso el azar que el buen corazón de alguien estuviese dispuesto a cuidar de ella. Entonces, todo cambió, y no hizo más que empeorar.

Se habían quedado solas madre e hija en el cuartucho que había bajo la escalera de la casa de Agustín Parra, ubicada en la calle Cazón. Era un hombre de corazón noble, aunque tosco y de lengua hábil, que el vino soltaba con gran facilidad. En esos casos, Manuela y su madre se convertían en su objetivo; se situaba en la entrada del cuarto, ante la puerta con cristal cubierto por un visillo, y desde allí, mascullaba una retahíla de improperios hacia aquellas dos pobres desgraciadas que estaban en el mundo para sufrir y para servir a los demás. Aunque servir no servían para mucho. Petra, la madre, era sumisa, pero torpe para cualquier tarea doméstica: la ropa de plancha se le quemaba porque la hacía esperar como a un cocido y éste se le pegaba porque tenía la mala costumbre de lavar en la pila a la vez que cocinaba y entre canciones mal entonadas y la poca fuerza de sus escuálidos brazos, se le iba el tiempo.

De modo que la hija no tuvo quien la enseñara, ni disposición para aprender. Manuela era una criatura huraña, que pasaba la mayor parte del tiempo sentada en el suelo de la azotea, junto al cuarto que servía de lavadero, o siguiendo a su madre a las casas en las que a duras penas conseguía mantenerse trabajando.